

# Ciudad voraz

*Roberto D. Pérez García\**

Quizá el primer recuerdo que tengo de Miguel se remonta a finales de septiembre. Se encontraba recargado en la puerta del salón 28. Su piel blanquecina y tersa sobresalían; su mirada desafiante se posaba en cualquier cosa: una mochila, los rayos del sol o simplemente hacia la salida de la preparatoria; su mandíbula oscilaba rítmica y entusiastamente, motivada por una goma de mascar –hábito que después descubrí cotidiano–.

En un comienzo pude haber creído que se trataba de un estudiante reacio y platicador, de aquellos que emiten una broma a mitad de la actividad o se salen del salón un sinnúmero de veces apenas comienza la clase. Más equivocado no pude estar. Lo suyo era la discreción y la austeridad de palabras. Hablaba con la mirada, la postura y a veces entre murmullos.

Sin embargo, la música lo acompañaba a todos lados; siempre pendía de su oreja algún cablecillo blanco que iba directo al celular. Ahora me pregunto si su mutismo se debía al amor por la música, o si la música era una manera de sobrellevar aquella seriedad. También me pregunto qué escuchaba, ¿escuchaba algo?, ¿escucha? No lo sé.

Me da vergüenza y culpa admitir que después aquel semestre olvidé su voz. Aunque tal vez sólo se deba al paso cotidiano de la vida, o a las limitantes de tener un centenar de estudiantes cada periodo escolar (o incluso, a que sus voces, en plena juventud y definición, se transforman subrepticamente y resultan desconocidas en un breve lapso del año). Aun así, me reprocho el descuido y es que, ¿qué

\* Estudiante de maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones en la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: [cr.robtopg@gmail.com] /ORCID: [https://orcid.org/0000-0002-2787-5072].

hay más íntimo sino es el aire modulado por nuestros pulmones y garganta?

Confieso que he cerrado los ojos y he buscado su voz por los senderos de la memoria. Las más de las veces reconozco que se trata de una labor vana; en otras, tengo la sensación de que la entreveo –por raro que suene–, que se esconde detrás de tal recuerdo, que puedo avanzar un poco más y la escucharé. Pero pronto desconfío, me detengo y reconozco su imposibilidad.

El rostro de Miguel, en cambio, se ha grabado como hierro caliente en mi mente, sobre todo a partir de que se difundió su imagen en la preparatoria y tres calles a la redonda. Desde aquella vez, observé sus rasgos con detenimiento: su mirada, su piel, todo permanecía inalterable. Era el mismo que hacía cuatro años, cuando fue mi estudiante. Sin embargo, la leyenda que acompañaba los boletines era de una frialdad tan hermética como espantosa: “Miguel Alexis Ramírez Paredes. Edad: 21 años. Señas particulares: lunar en la barbilla, piel clara, nariz recta, perforación en el lóbulo derecho y en la ceja izquierda. Circunstancia: Desapareció en la Col. Magdalena, Alcaldía Cuauhtémoc, Ciudad de México”.

Terminé de leer el cartel entre una incredulidad que, pese a la resistencia, se transformó rápidamente en desasosiego. ¿Cómo se desaparece en una ciudad tan vigilada?, ¿uno se esfuma sin más, pese a que la urbe cuenta con ojos por todos lados?, ¿por qué Miguel?, ¿para qué? Esa misma tarde el subdirector me comentó que ya llevaba tres días sin llegar a casa, y que la última vez que se le observó, fue en un bar en el centro de la ciudad, al que había acudido después de terminar su jornada laboral.

Por días la presencia de Miguel anegó las conversaciones escolares. Fue un leñazo directo a la sien de la preparatoria. Entre la planta docente primero se formó un halo de negación, pues se infería que pronto aparecería, que se trataba de alguna situación menor. Pero al paso de los días y los rumores iniciales, fue del conocimiento colectivo que iba acumulando tiempo sin comunicarse, fraguando las más terribles sospechas. Los estudiantes, por su lado, sintieron el caso de Miguel en carne propia; no lo conocían, pero veían su foto, era uno

de ellos y, aún más doloroso, se sabían en un país donde la delincuencia moldea cada día más las rutinas, los discursos, sus destinos.

A la semana de la desaparición, se supo de una grabación del gobierno de la ciudad que captó a Miguel caminado hacia avenida Insurgentes sobre la calle de Progreso. Se encuentra acompañado, va junto a dos amigos del trabajo. Al llegar a la avenida, se despiden con total tranquilidad y camaradería. Miguel se encamina en dirección contraria a la de sus coetáneos. Segundos después es grabado por la toma de una pizzería; se le observa de perfil y, casi como una coincidencia, se asoma al local para confirmar que se trata de él y nadie más. Las cámaras aldañas no vuelven a captarlo.

Carezco de la certeza para señalar el momento en que empecé a seguir la página en redes sociales dedicada a su búsqueda; tampoco recuerdo con acierto la razón o el motivo manifiesto que me orilló a tal acción. Supongo fue una forma de brindar compañía, de mantener la esperanza y saber que Miguel puede estar escuchando música en algún lado, que su aliento cobra nitidez, que tiene voz. Pero en otras ocasiones, pienso que quizá sigo su pista como si se tratase de un baño de muerte, una suerte de advertencia, pues ver su rostro es saberme en una ciudad voraz y descarriada, dispuesta al ataque, paranoica.

Pasó un mes desde su desaparición, luego dos, y al tercero, Miguel desapareció también de los boletines pegados en las cercanías de la preparatoria, al igual que de los rumores escolares. Pocos quieren recordar, tal vez por miedo al dolor, a una represión psíquica genuina, o la costumbre de saberse entre miles de personas que han sido tragadas por el caos de la urbe, como si se admitiera que ése es el precio de vivir aquí. Y, sin embargo, todas las posibilidades me incomodan; me orillan al ensimismamiento.

Cierro los ojos e ingreso al plantel. Observo a Miguel recorrer los pasadizos que moldean las instalaciones, subir por las escaleras angostas y desgastadas, recargarse en uno de los tantos barandales que rodean el segundo piso y mirar la puerta de acceso. Mi mirada se enfoca en sus ojos, luego en su boca y percibo que musita algo, tal vez una canción; hago el esfuerzo por leer sus labios, pero es inútil.

Finalmente advierte mi presencia, me mira por unos segundos mientras me saluda con un leve movimiento vertical de cabeza, le respondo con mi mano izquierda, pero antes de que él pueda regresarme la mirada, da media vuelta y camina hacia el salón que tiene detrás.

Fecha de recepción: 17/10/22  
Fecha de aceptación: 07/12/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202259285-290